
CASIDA DE TRASSIERRA

MANUEL GAHETE JURADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

"Pasos de un peregrino son errante
quantos me dictó versos dulce Musa
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados".
Soledades 1-4 Góngora

CASIDA DE TRASSIERRÁ

I

"Era del año la estación florida"
Soledad Primera de Góngora

Era del año la estación florida.
Un arbol de soles restallaba
sobre el encaje cálido de Córdoba.
Acaba de morir. La luna ardía
como un fanal herido por la piedra.
En un rincón del parque, Polifemo
gime por los amantes malhadados.
Galatea a sus pies lame corales.
Acis eternamente a vivir torna
desde el aljófár líquido al aliento.
Llueve sobre el amor y siempre llueve.
Acaba de morir. Nadie conoce
qué doloroso vértigo lo apaga.
Todo queda tras él en la memoria.
En el papel escrito trasparece
el corazón que holló la primavera.

II

"Su dulce lengua de templado fuego"
Soledad Primera de Góngora

Éste que veis aquí, enjuto y pálido,
nacido a contraluz, pasto del humo,
el labio de cristal, la boca anclada
en el seno fontal de un mar de oro,
sorpresa babel donde los pájaros
sellan de luz un reino sumergido.

Éste que veis aquí, de frente amplia,
que en la menuda sien luce un planeta,
morada de profundas caracolas;
obstinado perfil, carne o crujido,
rostro de hiel surcado donde hincan
mástil mortal dos rejas su hendidura.

Éste que veis aquí, negra sonrisa,
sesgo de roja cal y turbia plata,
rocalla del amor, pura agudeza,
inteligencia suma, procreadora.
Destilado desdén, nostalgia herida,
aguileño desmán vivo en lo oscuro
y en la amarilla redondez del tiempo.

Éste que veis aquí, estrella helada
certísimo captor de fuego y niebla.
Funámbulo, charlista, taciturno,
ya sólo es un hombre a la deriva.
A la fatiga atado cuando calla
porque remueve pájaros de cenra,
porque graba la arcilla de las horas
y una lengua de fuego lo encandece.

Éste que veis aquí, plegaria altiva
de un corazón o grímpola del orbe
que sobre el universo se descarna:
leve ruido de pluma, pulso leve,
flor efímera y yerta que revive
en el cieno del mar, fértil materia,
río febril o cábala del sueño.

Éste que veis aquí, caballo dócil
en el turbio jinete de la tarde,
es Góngora, sabed, nacido mártir
de la pluma y la letra, de los dones
sólo en Dios y lo eterno conquistables.

Es don Luis, cordobés, hombre de sombra,
de silencios, de muros y de yermos,
arcángel singular, espectro sordo,
sorbando luz y flor, y en cada esquina,
la dulce historia del amor que pasa.

Es don Luis. En la luz trasvina, bebe
el licor y su acíbar espumoso
en la verde abrasión de la medina
con el rubio rubor de un rojo beso.

Viene a verter el mar en nuestros labios;
 en el vientre de sal la tierra fúlgida,
 las semillas de luz entre los dedos,
 y un perfume de azahar sobre la frente.

Discípulo del sol, de la tiniebla,
 de ébano y oro sella ya su nombre
 y de júbilo triste la ansiedad de los ojos.
 No nos mueva a piedad la razón rota
 ni su aliento vencido:
 en su voz la palabra sabe a ciencia,
 cingulo que desata si vincula,
 posesión que en su entrega nos despoja.

Y danos a beber el agua limpia
 que nos sacie la sed y que esclarezca
 este crisol de signos proclamando
 la altísima palabra del misterio.

III

"Vencida al fin la cumbre...
 con pie ya más segura"
Soledad Primera de Góngora.

La oscuridad es luz. La noche es día
 cuando el poder de un dios lanza su rayo
 sobre el clavel de luz del sol de mayo
 que un ángel en el alba desceñía.

Y brillaba en el cielo y descendía
 Góngora teologal, un himno gayo,
 trovador de la luz, dulce lacayo
 del cimbel, el timbal, la argentería.

Agua para beber, y plata el río.
 Jara para sentir, y el cuerpo fiero.
 Llama para el ardor, y el beso fno.

Córdoba, tu dolor perecedero:
 Góngora de la luz en el vacío.
 Góngora en la negrura del sendero.

IV

"Breve esplendor de mal distinta lumbre"
Soledad Primera de Góngora

Y no es tu luz la que me ciega el alma.
Ni los senderos donde canta un río
de insondable cansancio los que frenan
mi paso corporal aun si es de noche.
Y no es tu voz
la que me rompe el ansia ni este cristal opaco de tus versos.
¿Quién compondrá tu nombre sobre el agua
si unos dedos de viento han removido
el reflejo abisal en lo profundo?
¿Quién invoca a la luz para que nazca
sobre el prieto dolor, para que alivie
el corazón mortal que reconoce
el fausto ardor de nieve de tus labios?

Sutilísimo don, jardín cerrado, cauce caudal de vientos y roquedas,
tu palabra es bajel, deja que amaine la tempestad de alas que lo cubre.
Deshabitado amor, tal vez ignores el tormento de aliagas de los hombres,
pero no su harpadura o mordedura, su cenital aguja transgresora.

En tus labios hollé el licor más rojo, ese dulce veneno de la vida,
la lírica del alma y su arrebato.
Tú me conduces. Tú, que vas y vienes, enhebras la locura y el delirio
en el oro y el polvo de la gloria,
en el polvo y el oro de la ruina.

Ven a beber de nuevo entre las calles
el vino dulce de la edad madura,
a recorrer el magma jubiloso de los días gentiles.
Descubres en lo oscuro
y manifiestas lo que nos callamos
con luz de sombra y negra transparencia.

V

"Agradecido, pues, el peregrino,
deja el albergue y sale acompañado
de quien lo lleva..."
Soledad Primera de Góngora.

En la sed y el silencio mudo dolor se escucha,
leve música vierte dulce cera de plata.
Rostro halcón que avizora la herida y su escalpelo
viene desde la sombra, por los álamos grises
y es un sínodo grave el que avienta en el alma.

Deja que me resguarde en la flor del crepúsculo
con sus ramas secretas y su raíz de lluvia:
ocre luz nemorosa deshecha en el estío,
desleída en la roja espadaña de la tarde.

Ven a saberte humano
en el predio de agua de los ángeles que descifran la noche,
bajo el pórtico dócil de una ermita o su sueño.
El ruido de las nubes,
las esferas de asfalto,
sedimento de arena donde el Guadalquivir de nieve brilla.

Tú pronuncias el nombre que nos nombra:
el eterno fluir del fuego helado como ardiente cristal de un breve olvido.
Barrocos nos dejamos morir como la vida
en el vuelo sin fondo de algún pájaro huidero.
Somos en la mirada de los hombres, tu nombre;
y por ti más que ruido, más que espiga tronchada,
límite inmarcesible, eterno varadero de la noche.

Dejadme aquí mientras el alma avance
como una hoguera densa que todo lo consuma.
Aquí mientras el frío candel de las olas
lama la ruina fértil de la piel anhelante
y la luz encandezca
el cautivo vesubio de los labios donde habitó otro cuerpo.

Será tu juventud piedra molida
donde el viento perdura,
donde el invierno instaura
su condición de umbría, sauce y nieve.
Queda el amor y la mojada juncia
que conmovió la sangre y puso freno
al embite del mar, a su coraje.

Dejadlo reposar
y que se pose también su corazón alto y sereno.
Desplegad en la sombra que lo cubre
su corazón de brasa; y oreadlo,
que alumbre como el sol eternamente.

Manuel Gahete